

ACTORES Y ESCENARIOS DE LA COMUNICACIÓN EN LA FRONTERA: REPENSAR LA PARTICIPACIÓN DESDE LA MIGRACIÓN Y LAS CIUDADANÍAS

*Gerardo G. León Barrios
Universidad Autónoma de Baja California (México)
yayo_leon@yahoo.com*

Resumen

La vida social contemporánea implica, cada vez más, nuevas maneras de estudiar y comprender la **comunicación** desde las formas en que los actores sociales **participan** en su sociedad. El trabajo tiene por objetivo exponer que los escenarios de la **migración**, particularmente la migración de jóvenes, vienen replanteando retos teóricos-metodológicos para poder comprender las nuevas formas ejercer o participar en su sociedad como **ciudadanos**. Este trabajo busca presentar datos de un estudio cualitativo (bajo la perspectiva metodológica de complementación con etnografía y entrevistas a profundidad) sobre la migración juvenil en **Tijuana**, con el objeto de redimensionar las distintas formas en que este sujeto se coloca frente a dinámicas estructurales para participar e incorporarse como ciudadano. Lo que se presenta es un mapa de las representaciones subjetivas de los actores jóvenes sobre la ciudad fronteriza y, desde la comunicación como procesos intersubjetivos, se ve que la conformación de una cultura política como eje vector de la ciudadanía construye imaginarios de futuro en la migración, huella que se está marcando en buena medida en los procesos fronterizos.

Palabras clave: comunicación, ciudadanía cultural, migración juvenil, Tijuana.

El México contemporáneo vive uno de sus momentos más álgidos en cuanto al tema de la migración. La mirada oficial y académica le da mayor peso a su aspecto internacional y desde perspectivas económicas, poblacionales, ambientales, geopolíticas, sociológicas, fundamentalmente. Además, el discurso mediático y político se funda en una numerología aséptica que soslaya por completo el problema de las formas de participación de actores específicos en escenarios concretos, sobre todo se deja de lado el aspecto comunicacional de este fenómeno.

Este artículo pone en discusión el tema de la participación de actores desde la perspectiva de la comunicación intersubjetiva, y parte de una investigación que se ha realizado sobre migración juvenil a la frontera de la ciudad de Tijuana. Los resultados nos acercan a un debate sobre formas particulares de vida por la búsqueda de conseguir un imaginario de futuro en la migración, y donde regiones y ciudades completas del país se han convertido en los escenarios donde se fraguan una gran cantidad de prácticas sociales que tienen que ver con este fenómeno. Los estudios de comunicación no han estado muy lejanos de estas preguntas, y, aunque escasos, han abordado el tema (Gaspar, 2006), a manera de acercamiento socio-cultural, describiendo las circunstancias e imaginarios que trastocan el asunto de las diásporas culturales.

I. La comunicación desde el actor social

Este planteamiento nos coloca en la discusión sobre elementos de lo social que están en juego como el sujeto, la sociedad y sus formas de mutua interacción. Lo que requiere reubicar el pensamiento sobre la constitución de lo social. El cambio de un estado de sociedad medieval a un estado de sociedad moderna ha generado no únicamente una sociedad distinta, sino que en esencia a nuevos actores sociales y nuevas formas de ser parte de la sociedad. El espacio de reflexión nos acerca a la comprensión de la vida social desde un ángulo distinto y, a una manera novedosa para una taquigrafía de lo social (Ortiz, 2004). Antes del siglo XX, en pocos o casi nulos espacios sociales se hablaba de comunicación, lo que nos instala en un debate que hoy en día, obligadamente, tiene dos dimensiones: el estudio de la comunicación desde la esfera mediática; y la comprensión de la comunicación desde los procesos intersubjetivos de interacción social. Ambos acercamientos a la comunicación, si bien los podemos comprender en su compleja implicación, tienen separadamente una trayectoria científica que ha sido marcada por la reflexión donde se replantean los vínculos entre las ciencias sociales y los estudios de comunicación; generando un debate intenso sobre la necesidad de renovar los recursos teórico-metodológicos que se han utilizado y que están a la mano para la producción de conocimiento sobre la “comunicación”. Podemos decir de manera tentativa, que ni la comunicación pensada desde la esfera mediática puede dejar de lado a la comunicación interpersonal o intersubjetiva, y, a su vez, ésta no puede estudiarse independientemente del contexto sociocultural y *massmediático*.

El lugar desde donde pensamos la comunicación en este estudio está ubicado en los procesos intersubjetivos, los cuales producen y reproducen sentidos sociales. La comunicación es la plataforma de toda interacción social que toma sentido al ponerse en común, esto es, la reproducción en la vida social, por lo que su “investigación y teorización”, no puede limitarse al estudio de los medios. El estudio de la comunicación desde este ángulo “desplaza epistemológica y metodológicamente el foco de análisis” sobre la comunicación a partir de los medios y los mensajes, y, según plantea Raúl Fuentes (1999), se reubica en los “sujetos sociales y los procesos de producción de sentido”.

De este modo, los distintos tipos de actores sociales como mujeres, hombres, jóvenes, adultos, consumidores, ciudadanos, empleados, migrantes, manifestantes, etcétera, tienen la posibilidad de ser “pensados” y estudiados *desde* la comunicación, asumiendo que son sujetos sociales constituidos por un sinnúmero de situaciones, condiciones, hábitos, rutinas, experiencias y prácticas sociales en donde lo mediático no ocupa la centralidad de la comprensión de lo comunicativo, sino más bien las relaciones que establecen los sujetos con los otros y con su sociedad, en complejos procesos sociales de comunicación.

Asumimos, por lo tanto, que la comunicación implica una serie de procesos que son parte sustantiva de procesos socioculturales. El asunto es que hoy en día presenciamos una sociedad que es fuertemente atraída por los productos: un acontecimiento político, un espectáculo musical, un desastre natural, un asalto, un hecho violento, una premiación, la pobreza, la corrupción, etcétera. Entonces, cómo hemos aprendido a mirar, comprender y analizar la comunicación cuando en nuestros saberes especializados, por un lado, se le había

dado poco peso epistemológico y alcance teórico a pensar la comunicación desde los sujetos y sus prácticas culturales; y, en el otro extremo, desde el seno de la vida diaria, el conocimiento de sentido común –o *doxa*– los procesos socioculturales son leídos y construidos a partir del inmediatez de una “esfera pública” presurosa y un “efecto de realidad” espectacularizada. Los profundos procesos socioculturales pierden relevancia para comprender que éstos son las fibras del tejido social amplio, y se le otorga más importancia a los resultados y productos de los procesos. Con esto podemos entender que la comunicación, entonces, se ha visto de modo natural como una forma de “producto” y no como la esencia misma de todo proceso que implica a sujetos y sus acciones en una determinada estructura social. La vida cotidiana, como principio del tejido social y como espacio clave de confección de procesos socioculturales, pierde importancia cuando se ven sólo situaciones sociales como productos o resultado, y no el trasfondo de la elaboración de procesos de comunicación, lo que genera una visión reducida de lo que es lo eminentemente comunicativo y su entramado de sentidos que guardan las rutinas, hábitos, experiencias y prácticas cotidianas.

Estrechamente relacionado con lo anterior, retomamos a Alejandro Grimson (2001) al plantear que la comunicación está compuesta de experiencias y prácticas que los actores sociales llevan a cabo como “organización de la experiencia y de la acción humana por medios simbólicos”. Esto nos parece una tarea fundamental, pues nos coloca en la interpretación de la sociedad y la cultura desde sus modos de hacer, de convivir, de percibir, de soñar en relación con lo que nos rodea y con lo cual establecemos una vinculación en la vida social en la que todo significa como personas, grupos, objetos, lugares, formas de vida, ceremonias, rituales, temporalidades.

Siguiendo a Grimson, “si comunicar es poner en común”, la premisa admite que ese “poner” es una interacción de dos o más personas en una situación concreta que, sólo es posible a través de sentidos y significaciones comunes y/o diferenciadas; esto es, el proceso de comunicación involucra “la existencia y la producción de un código compartido y de una diferencia” en un mismo tiempo-espacio. La construcción de las fibras del entramado simbólico –o *estructuras de significación*– de ciertas prácticas sociales son resultado de la formación de sentidos posibles en un proceso de larga duración dentro de un tiempo-espacio concreto, compartido e imaginado, y que es el componente, la base, el suelo de esos sentidos comunes y de las prácticas cotidianas.

Estamos hablando del rasgo eminentemente sociocultural de los procesos de comunicación, entendidos como intercambios intersubjetivos entre los sujetos –desde el nivel interpersonal hasta el grupal y colectivo– que forman la trama compleja y profunda de la vida social, a través de la cual es posible que se generen múltiples “prácticas de comunicación” con su referente espacial y temporal.

La comunicación y la migración juvenil

Hemos dicho que la comunicación como campo de conocimiento se encuentra en una etapa de reconfiguración, reconstrucción y redefinición. Frente a esto, me parece importante asumir el

reto investigativo de abordar las preguntas claves que las ciencias sociales hoy en día se plantean, articulando la cuestión de la cultura con la comunicación; esta última entendida como “proceso”, como “práctica”, como “espacio”, como columna vertebral para generar conocimiento sobre las múltiples dinámicas de reproducción social.

Bajo este esquema propongo comprender la cuestión objetiva de la migración juvenil a la frontera como una acción sociocultural en su dimensión comunicacional, en tanto en ella se llevan a cabo prácticas de comunicación con un espesor cultural por su carácter subjetivo, hecho de percepciones, representaciones e imaginarios que los actores hacen sobre el proceso migratorio en una estructura social específica.

Si en el campo de la comunicación, cada vez más se discute que hay posibilidades de interpretación desde la interacción social, ésta todavía sigue siendo un desafío. Lo que no resuelve teórica y ni epistemológicamente esta cuestión, debemos decir que estamos quizá más cerca de tener herramientas más poderosas para acercarnos a comprender algo que a principios del siglo xx nos asombraba: que somos distintos tipos de sujetos, capaces de conocer y reconocer, de interpretar y reinterpretar, pero sobre todo, capaces de actuar, con otros más, en un mundo que por mucho ya no es tan predecible, o al menos eso parece en este contexto de globalización.

II. Ciudadanía(s) para pensar en la participación social

En medio de uno de los debates más acuciosos sobre la manera en que la sociedad contemporánea enfrenta profundos cambios en los órdenes económico, social, político y cultural, la presencia cada vez más globalizada de flujos económicos, mercantiles e informacionales hace inevitable la mundialización de la cultura (Ortiz, 1997; Ianni, 1998), que reordena el sentido de la experiencia social en varias dimensiones y diversas formas de expresión. Frente a ello, el proceso llamado *modernización* cuestiona la participación del actor social en medio de estructuras de la sociedad a la cual pertenece.

Ante estos escenarios y cuestionamientos es necesario acompañar la discusión con el intento por comprender los signos que caracterizan el “proceso de búsqueda de modernidad”. Si vamos más allá de la centralidad que ha ocupado este análisis, el “gran proyecto” de modernidad debe tener tres cuestiones desde el punto de vista analítico conceptual. En primer lugar, la diferenciación entre las concepciones modernidad y modernización siendo que las condiciones estructurales en las cuales se han modificado las formas de producción, distribución y consumo de bienes, llamada *modernización* como la vía para lograr ese *estado moderno* (Emmerich, 1996). En segundo lugar, pone en perspectiva histórica a la idea de modernidad que se ha venido desarrollando desde finales del siglo xv, que data de un período de aproximadamente 300 años en el que se gestaron momentos socio-históricos de escala mundial, como el descubrimiento de América Latina (1492) y la Revolución Francesa (1789). A este período los historiadores lo ubican como el inicio de una nueva edad, *la edad moderna*. Y en tercer lugar, la precisión heurística, corresponde reconocer los rasgos y fundamentos de este “gran proyecto” de una nueva era o período histórico: la *consolidación de los Estados*

nacionales superadores del feudalismo, marcando una nueva situación de relaciones sociedad-sujetos, trayendo consigo, entre otras cuestiones políticas, la demarcación de nuevos territorios (nacionales) y una reconfiguración sociocultural de las identidades (Beltrán y Cardona, 2005); el *sistema-mundo* (Wallerstein, 2001), como momento detonador en la concepción diferenciada de las condiciones de ordenamiento económico y material, nombrado como capitalismo; y el último rasgo es que la Ilustración o Iluminismo fueron el caldo de cultivo de las grandes ideas que definen a la sociedad moderna, alimentadas por una concepción positiva de la transformación; también lugar privilegiado para concebir la noción del Estado moderno y las concepciones de democracia.

En este marco, parte del proyecto de modernidad impulsado en el siglo XIX y materializado en el siglo XX, la construcción de un proyecto de Estado-nación universal se vio en la necesidad de dar cabida al nuevo tipo de sujeto social para el cual gobernaba. La manera de construir una relación gobernantes-gobernados se diseñó bajo el concepto de “ciudadanía”, montado sobre acepciones relacionadas a un mundo civilizado y desarrollado, de orden y justicia social para todos los seres humanos que se inscribieran al proyecto civilizatorio universal quedando dentro de los parámetros sociales.

La ciudadanía como concepto universal fue tan sólo un proyecto de los Estados-nación puramente normativo, formal y elitista, hoy en día retórico y sumamente excluyente, que provoca marcadas diferencias de los privilegiados “ciudadanos” sobre los que no logran completar los requisitos “normativos” para adquirir este estatus social.

Es el sociólogo inglés T. H. Marshall quien, hasta mediados del siglo XX, da un panorama interpretativo muy interesante (1950, 2005) sobre las condiciones y los conflictos que se empezaban a acentuar desde el surgimiento de los Estados modernos. El autor apunta que es dentro de estos procesos de cambio social donde la nueva relación, individuos e instituciones, se empezaba a complejizar, y que no necesariamente significaba democratización de la vida social, sino al contrario, es esta nueva concepción de sociedad donde se acentúan nuevos conflictos y desigualdades. La creación del estatus de “ciudadano” y sus correspondientes instituciones, en la cual cada hombre debe tener derechos y obligaciones semejantes en cuanto a lo legal, lo político y lo social, esto es, ser iguales, y por lo tanto, hace evidente la manera en que la “sociedad democrática industrial moderna” ha trabado una severa tensión entre igualdad y desigualdad a partir de las acciones necesarias para poner en operación el concepto que define al habitante de dicha nación. Para Marshall, la ciudadanía es una concepción política pantanosa que se ha convertido, en la mayoría de los aspectos, en “el arquitecto de desigualdad social legítima” en la puesta en práctica de sus tres definiciones: ciudadanía civil, ciudadanía política y ciudadanía social. Para T. H. Marshall, la ciudadanía buscaba atenuar las consecuencias del modelo económico basado en la industrialización y el mercado, si bien se tendían las condiciones sociales básicas que le conferían garantías mínimas para una vida civilizada; por lo que el sociólogo afirmaba que había una fuerte y necesaria relación entre ciudadanía y civilización. Sin embargo, él mismo reconoce que este modelo se convertiría por sí mismo en el terreno político social de profundas contradicciones.

En relación con lo anterior y para los fines de nuestro estudio, la perspectiva de Marshall da pistas importantes sobre lo que estará por acontecer en las próximas décadas dentro de los procesos de cambio en el mundo contemporáneo, así como de los modos de actuar en él por parte del actor social. El primer lugar porque las tres características de la ciudadanía nos deben de plantear retos para el análisis social frente al horizonte de los cambios del mundo del siglo XXI, y sobre todo en uno de sus elementos fundamentales en esta recomposición social como lo es la cultura: la cuestión de las significaciones en estos procesos de reajustes debe ser seriamente considerada.

En segundo lugar, el estudio de la ciudadanía toma en cuenta el rasgo histórico donde los regímenes tradicionales crearon estrategias para tejer una relación política con una estructura social burguesa y también con la clase obrera, en un contexto histórico-social donde el desarrollo industrial y el capitalismo ya había ganado terreno, esto es, en países desarrollados europeos, fundamentalmente. El asunto entonces, es cómo pensar estas reformulaciones sobre la relación sujeto y Estado, cuando este último ha estado en construcción y consolidación en otras latitudes como por ejemplo América Latina. Finalmente, tanto la ciudadanía civil, política y social hacen pensar en el lugar que ocupa la acción del actor social dentro de este marco, sobre todo para uno de los fenómenos que vienen marcando la época como es la migración y su correlato que son las profundas transformaciones de los significados de ciudadanía y formas de practicarla, sobre todo después de la segunda mitad del siglo que acabamos de dejar atrás.

La emergencia de otras formas de ciudadanía

Hoy en día, el tema de la ciudadanía se ha convertido en asunto de importantes debates desde los frentes de la política y la academia. Es en este segundo terreno donde vemos cinco grandes rasgos –tanto teóricos como de carácter empírico– que han buscado dar luces al entendimiento de un mundo que cambia profunda y globalmente. En este sentido, partimos de la premisa de que la comprensión de las prácticas de la ciudadanía no se agota en el paradigma de los tres estados de Marshall, mucho menos por su evolución histórica. Entendemos que las problemáticas y procesos sociales que se han y siguen suscitando después de la segunda mitad del siglo XX, nos dejan ver múltiples formas de “hacerse” parte de este mundo más allá de los derechos cívicos, políticos y sociales que todo Estado moderno intenta consolidar.

Estas cinco características las identificamos, para efectos de este estudio según su objeto de problematización, así.

a. Ciudadanía global

Existe una importante reflexión en torno a nuevas formas de pertenencia que rebasan las tres caracterizaciones del paradigma de Marshall. Este tipo de reflexión recupera la noción de “ciudadanía” problematizando al sujeto en sus diferentes modos de participar en un mundo globalizado. El eje de análisis descansa sobre la cuestión de la globalización como fenómeno

contemporáneo la cual está reconfigurando aspectos estructurales a nivel mundial que trastocan microclimas de la vida cotidiana, pero no necesariamente en su aspecto económico, si no más bien el cultural. Se entiende que en este proceso, cada sujeto es "protagonista" y sus "prácticas sociales" traen aparejadas dinámicas de resignificación de conceptos, valores e imágenes del mundo que nos permiten tener contacto con otras concepciones lejanas, en la mayoría de los casos, a los contextos de origen y que algunos autores han llamado "comunidades desterritorializadas".

La ciudadanía global entiende que hay reordenamiento en la relación entre sujeto-Estado, donde éste ha sido sobrepasado por las dimensiones geográficas y políticas por la cuales, anteriormente, los sujetos construían una relación de pertenencia y de derechos en territorio específico y que se reconstruye en un contexto de diversidades culturales que convergen en tiempo y espacio (Kymlicka, 1998). Según (Apadurai, 2003), dos son los dinamizadores de esta condición: la migración y los medios de comunicación.

b. La ciudadanía en el consumo

Otra perspectiva que retoma la discusión de "ciudadanía" es la que problematiza la relación entre las identidades y el consumo; la discusión y análisis se coloca en el terreno de la comprensión de la decadencia del Estado donde las sociedades civiles han dejado de tener una membresía o sentido de pertenencia nacional, haciéndose partícipes de una comunidad simbólica que comparten formas, hábitos, gustos y estilos de vida en torno al "consumo simbólico" de bienes y servicios tales como el deporte, la comida, la música, el vestido, etcétera. Esta versión de "ser ciudadano" no es únicamente quedar inscripto dentro de los derechos que "otorga" el Estado en cuanto a lo político, lo social y civil; y se refiere a la "ciudadanía" que otorga derechos de pertenencia a grupos sociales por su posibilidad –tanto económica como simbólica– de "poseer aquello que otros poseen". La reflexión de que el sujeto nació en un territorio y tiene tales derechos queda limitada frente a una sociedad que consigue un tipo de inclusión en el acceso a lo que posee el mismo grupo o grupos de adscripción y que se construyen en las "prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia" (García Canclini, 1995).

Una parte de esta literatura sociológica examina la relación entre el consumo de los jóvenes y los procesos, a través de los cuales éstos construyen sus identidades o nuevas formas de pertenecer cuando no se tiene todavía la edad para ser beneficiario de los derechos del Estado. Estas aproximaciones se han desarrollado bajo el principio de que en las sociedades contemporáneas el consumo ha reemplazado antiguas formas de agregación y pertenencia (Wortman, 2003).

c. Ciudadanía mediática

Sin duda, este planteamiento resulta sugerente en cuanto toca tres elementos fundamentales que caracterizan las transformaciones de nuestro mundo contemporáneo: los medios, la cuestión de lo público y lo privado y las formas de ciudadanía (García Canclini, 1998). Esta

perspectiva, que tiene como soporte un estudio etnográfico sobre el papel de la radio en la construcción de nuevas prácticas ciudadanas en la Ciudad de México, apela a una noción sustantiva de ciudadanía retomando las formas en que una sociedad busca ejercer sus derechos y modos de participación en un nuevo espacio social público, que se gesta a partir del posicionamiento de los medios como actores fundamentales de la vida doméstica urbana. (Winocur, 1998, 2002).

La condición ciudadana es más un referente ligado a situaciones problemáticas de la vida cotidiana, que al ejercicio de los derechos por ser miembro de una nación. La noción mediática de ciudadanía que propone la autora constituye un elemento clave en la “conformación doméstica de los nuevos sentidos emergentes” de la ciudadanía que, para diferentes grupos sociales de ciudades tan complejas como la capital de México, el mundo mediático se ha convertido en el interlocutor y espacio donde emergen las representaciones mediáticas que se intercalan entre lo público y lo privado de situaciones inmediatas urbanas. En el ejercicio de los derechos a participar en una sociedad que se ha replegado en la participación por la fragmentación y el caos, se reconfiguran simbólicamente las prácticas ciudadanas.

d. Ciudadanía agonística

Esta noción hace énfasis en las diferenciadas maneras de pensar la ciudadanía desde la concepción democrática-universalista para diversos grupos sociales. En esta perspectiva se analizan formas de hacer frente al pleno ejercicio de los derechos y responsabilidades que trae consigo un reordenamiento de lo público y lo privado en relación con un Estado que se agota en sus planteamientos y respuestas de equidad social. Es así que el concepto universalista de ciudadanía se analiza en el supuesto sociológico de cómo el sujeto social traba una relación con el Estado y sus instituciones desde una “posición de sujeto agonística”, esto es, la ciudadanía agonística (1), como lo trabaja Alejandro Monsiváis Carrillo en su estudio con jóvenes (2002), la cual busca ser una categoría interpretativa sobre las problemáticas que se viven y de cómo el agente social es capaz de buscar alternativas en las diferentes formas de vida, de construcción de identidad y de inserción en la esfera pública. Para este autor, una ciudadanía “agonística” es su forma sustantiva en la medida en que “los jóvenes son individuos capaces de participar en un sistema democrático de maneras diversas, con distintas identidades”.

e. Ciudadanía cultural

A finales de la década del noventa emerge una aproximación antropológica que ha buscado comprender los procesos sociales que viven comunidades de mexicanos y latinos en Estados Unidos frente a sus formas de participación y pertenencia en cuanto a la vida ciudadana de este país. Esta perspectiva, liderada por Renato Rosaldo en California, problematiza el lugar que tiene la comunidad latina como ciudadanos de segunda clase, esto es, marginados en derechos y con una mínima participación en la toma de decisiones en lo político, económico, social y cultural.

Esta propuesta de análisis de la ciudadanía en términos socioculturales apuesta y propone una categoría teórica que tiene un fuerte sustento empírico, y que, además, se convierte en lo que Francisco Aceves (1997) llama práctica política “militante-empírica”.

La “ciudadanía cultural” (cultural citizenship) se entiende como un proceso de producción de nuevas formas y prácticas culturales que dan la posibilidad de “pertenecer” a sujetos que están en diferentes niveles de exclusión y que, como categoría de análisis, ha abierto vetas de estudio importantes para comprender el significado que le asignan distintos grupos sociales – en condiciones de marcadas diferencias y referentes simbólicos diversos– a sus estrategias para resolver sus situaciones de participación, de búsqueda de sus derechos de reconocimiento y a las diversas formas de adecuación y actuación en una sociedad al que hacen frente. Estos grupos intentan hacer reconocer su derecho de pertenencia reclamando “derechos de género, de clase, de edad, sexuales, raciales y migratorios” (Rosaldo, 1999 y 2000) con respecto al grupo social dominante.

La dimensión simbólica de la ciudadanía, una propuesta para pensar la participación social

Para efectos de este planteamiento, uno de los factores claves para pensar esta llamada crisis de la ciudadanía es el quiebre que ha tenido en su concepción universal, pues su intención homogeneizante y universalista de ofrecer garantías y asegurar una membresía es débil frente a un escenario político, económico, social y cultural caracterizado por tres factores que vivimos hoy en día:

- a) Demandas políticas y sociales que tienen como raíz de sus planteamientos las diferencias de clase, género, etnia, edad, religión, lugar de pertenencia y otras huellas culturales de diferenciación. Este factor coloca en la mesa de discusión el tema de lo cultural como dimensión analítica clave en el debate contemporáneo de la ciudadanía, así también, el estudio de la ciudadanía plantea que éste debe estar colocado en referentes empíricos que sostengan las premisas de análisis social desde la cuales se pretende comprender.
- b) Las formas de participación y acción social empiezan, cada día con más vigor, a tomar un significado importante en comunidades de sentido distintas a las de origen, y donde se escenifican diversas formas –tanto de orden material como de orden simbólico– para actuar en la vida social. Este efecto directo del movimiento global le plantea al estudio y comprensión de la ciudadanía que las migraciones son cada vez más un asunto que se debe resolver desde la cuestión de las membresías y el reconocimiento a formas de búsqueda para resolver las condiciones de vida.
- c) La concepción ciudadanía sostiene, tanto en su dimensión formal como sustantiva, la cuestión de la democracia, que hoy se vive como una necesidad no formal de practicarse, es decir, en la plena capacidad del “ciudadano” de ejercer sus derechos por decisión propia, esto es, el sujeto pasivo del siglo XVIII nada tiene que ver con el “agente” social del siglo XXI en cuanto a sus maneras de saberse “capaz” para

emprender formas de resolver las situaciones a las que tiene derecho. Ahora, el tema de las agendas públicas es el ciudadano, que antes aparecía escasamente en el espacio público, y hoy es primer actor en la expresión de demandas, ya sea de manera colectiva como individual.

Ante esta premisa, proponemos pensar a la *ciudadanía cultural* como categoría central en el análisis de la migración, en tanto que nos permite reubicar las dimensiones social, política y civil, como aspectos excluyentes de una relación circunscrita a las entidades Estado-sujeto; y más bien entender a la ciudadanía como una práctica cultural que no se arraiga a un espacio definido o a un solo tipo de institución. La ciudadanía cultural se practica desde las demandas concretas por la gestión misma de los sujetos al poner en práctica soluciones por diferentes estrategias de incorporación a sociedades distintas a las de origen, logrando conformar una cultura con formas de expresión propias y procesos indentitarios específicos.

Esta aproximación analítica Renato Rosaldo la define tomando como referente espacial no únicamente a lo nacional, sino que también incluye a lo local en prácticas de “afiliación, derecho e influencia estrechamente ligados a minorías o grupos socioculturales específicos” (Rosaldo, 2000). La noción cultural de ciudadanía, a manera de concepto articulador, busca entender en su dimensión empírica cómo ciertos grupos, conservando o negociando particularidades y diferencias, traban relaciones de poder para incorporarse a una sociedad.

En un segundo momento o dimensión, la ciudadanía cultural, a modo de concepto medular, nos coloca en el entendimiento del reclamo de derechos como grupo diferente o en desiguales condiciones; y que se lleva a cabo mediante una serie de estrategias o “prácticas” específicas para ser parte de normas y dinámicas de una sociedad dominante. Podemos decir entonces que en la búsqueda del reconocimiento a la pertenencia –esto es, de los derechos–, éstos son reclamados, pero sobre todo puestos en acción y desde donde el actor social liga profundamente su “experiencia personal y lo que se percibe en el todo social” (Aceves, 1997) con el objeto de dar sentido a esa forma de llevar a cabo los deseos de pertenencia, no sólo legal, sino también socioculturalmente hablando. En el marco de esta plataforma, entendemos que la ciudadanía se pone en escena en el uso de territorios y espacios con acciones sociales concretas y diversas, prácticas que los sujetos llevan a cabo desde sus “matrices culturales” (2) (Martín-Barbero, 1987) como dispositivos de resistencia social y diferenciación social. El “lugar” se convierte, por tanto, en el espacio público en el que se ejerce la apropiación simbólica del territorio, misma que confecciona el entramado sociocultural definiendo y dibujando las condiciones de vida social.

III. Participación social desde la migración a la frontera: los actores y escenarios

La migración como práctica social apela a un sistema de organización de la acción de migrar que va de lo público a lo privado. Esto es, la experiencia de migrar atraviesa estos ámbitos en sus tres momentos o fases socioculturales que estructuran este proceso. Esto nos pone de relieve que la migración trastoca la esencia de muchos de los escenarios la vida de los actores, e implica una forma de pensar cómo la migración deviene una relación compleja entre los

individuos y la sociedad, esto es, la práctica de la migración es el nodo desde donde se implementa la capacidad de agencia, utilizando una serie de recursos, estrategias, habilidades y competencias que hace evidente que el actor social joven utiliza de diferente manera y en distinto nivel para guiar la decisión de migrar, incorporando la esfera privada con la esfera de lo público.

Recuperamos algunos elementos de nuestras entrevistas para argumentar lo apuntado:

Lo que hizo que me viniera era que allá pos no había tanto trabajo, o no está muy bien pagado. Y yo ya tenía un niño... ése me la hacía dura la cosa... y estando ahí con mi suegra, hablamos de juntar un dinero. Yo le dije a mi esposa que si nos veníamos, y sí, ella me propuso, y mi suegra y mi hermana apoyaron para venimos... pensaba en que iba a dejar mi casa sola allá, eso platicaba con mi esposa... y pues también que no nos veníamos, por un año, y ya llevamos casi 6... tomar la decisión, fue difícil, la verdad... de que hora se deja todo allá. Pero ya aquí lo veo diferente, por el trabajo... y aquí ya compré también un terrenito... (3).

Frente a la experiencia de Juan, Alberto explica de esta forma:

Llegué a Tijuana con otra perspectiva de que si hubiera volado directamente del Distrito Federal a Tijuana. Valoras más, muchísimo más cuando ya estuviste en otras ciudades, ¿no? Mi mamá es de Michoacán, conozco Michoacán, pero para vivir no. Gana la gente muy poco, es una economía muy baja la que está ahí. Obviamente, también, comer te cuesta; con 20 pesos comes como rey ¿no?, y aquí, pues una comida, más o menos, 50 ó 60 pesos. Pero aquí está mucho la posibilidad de desarrollo, y es lo que me deja estar en Tijuana, eso me lo decía mi mamá... el orgullo de estar en Tijuana. Puedes diferenciar, o sea, en Ciudad Juárez, también, hay mucho dinero, es una ciudad de negocios, pero la gente no. Se me hizo, muy, muy similar al Distrito Federal en ese aspecto, mi familia tenía dudas de que me viniera... pero a la vez me animaban... decían "con lo noble que es Tijuana, y con las facilidades que tiene"; o sea, te apoyan (4).

La tensión que se da desde el ámbito privado hacia el público cuando se toma la decisión de salir, también se puede ver en lo que dice Ricardo:

Como yo vine por empleo, cuando llegué a esta ciudad mi intención era obtener experiencia en mi profesión, posteriormente se fue dando el lograr un buen trabajo... entonces, las cuestiones familiares, fue difícil. Hasta los veintitantos años nunca me había separado de mis padres, de mis hermanos. Para ellos es difícil aceptar que yo me voy y no saber cuándo regreso. Con los amigos también es difícil después de haber convivido más de siete años. Hay un sentimiento de tristeza, porque yo estoy aquí y los estoy recordando. Ahora estoy dedicado a mi trabajo a casi 10 años de esto (5).

Por su parte, el asunto de la incorporación a la ciudad aparece como fundamental para comprender la agencia en la migración, en tanto con ella se apela a una forma de legitimación a través de conseguir una serie de derechos a partir de la migración y de las estrategias de

incorporación a la ciudad de Tijuana, como podemos ver con estos posicionamientos discursivos:

Bueno Tijuana no es una ciudad que me guste... No es como que yo diga: ¡guau! me gusta el paisaje o me gusta cierto lugar de Tijuana. No me llena tanto como... no la siento así mi ciudad. Sí siento que soy ya parte de esta ciudad, pero con trabajos. Hace años me sentía así, que no. Y ahora como tres años o más así como sintiéndome totalmente ajena a la ciudad y diciendo: "pues no, yo no era de aquí"... tal vez piense tenerla como mi punto de base, para empezarme a mover, tentativamente porque igual yo me regreso a México, sin dudar. Entonces, ahorita ya la siento como que soy parte, entre el trabajo, mis actividades de todos los días... me siento como para decir: "¡sí! estoy viviendo en Tijuana" (6).

Esta búsqueda de derechos intentan anclar también un derecho histórico y de pertenencia al lugar, aunque en el discurso todavía se asume que se es parte de otro lugar. Alcanzar cierta "legitimidad" de tijuanaense tiene que ver con situaciones específicas donde se asume esta condición en prácticas específicas de apropiación del espacio-territorio. Veamos desde la experiencia de Reyna:

Ahorita en Tijuana mi prioridad es educar a mi hija. Entonces ya tengo con qué entretenerme, con qué hacer mi rutina, ir de compras, de repente que me voy con las amigas a platicar, al cafecito. Eso, ahorita ya me hace sentir dentro del movimiento de la ciudad, aunque pues ahorita estoy dedicada a mi hogar. Pero cuando es trabajo es trabajo, también, pues Tijuana para mí es (y ha sido) una puerta... pues elemental para mi vida. Por qué, porque aquí aprendí a trabajar, hay gente que a veces te abre la puerta cuando ocupas, aquí puedes entrar en cualquier tienda, sin ser como rechazado... con el trabajo, el esfuerzo de uno y sales adelante, y te acoplas... aunque no seas de aquí mero (7).

Este proceso nos indica, también, que la migración es una práctica social que se ha objetivado desde el salir del lugar de origen hasta la incorporación a Tijuana, implementando todos los recursos materiales y simbólicos para poder llevarla a cabo, pero también ello es necesariamente construido por un nivel profundo de subjetividad en tanto que la migración juvenil es un proceso que se socializa proyectando las huellas de una estructura social a la que se pertenece. En la perspectiva de Jorge lo vemos:

Aquí, es una vida más calmada a como la vivía yo en Guanatos, se siente uno ya que es de esta parte. Yo miraba que todos allá acelerados y que vienen y no se sienten bien. Entonces, aquí es más calmado ese estilo de vida, para desempeñarse uno rápido. Tú trabajas y agarras la onda rápido, y ves que las cosas vienen, salir, amigos, amigas, donde vivir, vas a tener para poder vivir bien, para poder trabajar, divertirte. O sea, vas a tener todo, si tú te mueves (8).

Los jóvenes migrantes asumen, desde sus matrices culturales, que la migración es una forma de transformar la vida social, pero también es una forma de mirarla y valorarla. Las diferentes condiciones sociales, históricas, políticas y culturales de las que forman parte en el plano de lo

nacional y en el plano de lo local, los coloca en una situación que se ha construido históricamente, pero que requiere de la intervención individual y privada. La búsqueda de un bienestar o mejores condiciones de vida, que van desde lo económico hasta el educativo y logro de metas personales, nos hablan de que detrás de la migración existe lo que provisionalmente llamaremos una "estructura aspiracional", donde la búsqueda de logros económicos pasan a un segundo plano y se hace visible una cultura juvenil que trata construir escenarios plausibles, desde sus esquemas de valoración de la vida y el mundo, donde se pueda lograr estar cerca de las dinámicas de lo que la estructura social requiere para poder ofrecer accesibilidad y estabilidad a ciertos derechos.

Veamos dos experiencias que hablan de esta diversidad de formas de asumir la práctica de migrar:

Yo creo que llegar aquí ha sido... lo he saboreado, de hecho saboreo día con día porque me gusta hacer cosas... ahora mi trabajo es importante, y hago cosas extra. Voy buscando cómo emprender y cómo hacer cosas, sin limitantes ni problemas. Y eso es lo que veo posible aquí. Por el idioma trato de prepararme. Sí veo que tengo beneficios sobre otros lugares, por las condiciones económicas de nuestra ciudad... Creo que muchos jóvenes en esta ciudad buscan alcanzar una estabilidad económica, como yo, que me permita vivir satisfactoriamente en mi futuro, y a la par, cuestiones emocionales, como formar una familia (9).

Para Reyna tiene este significado:

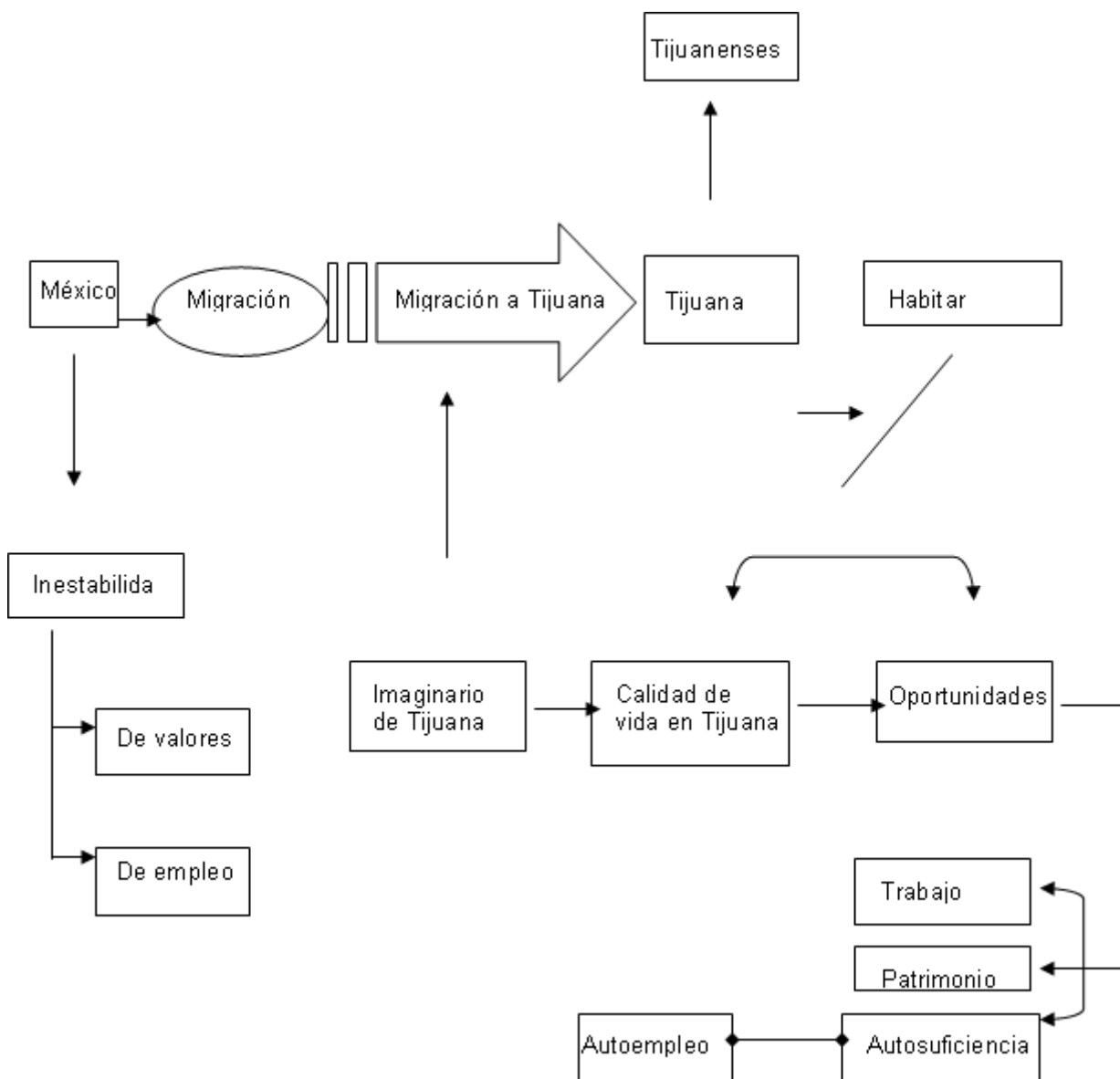
Para mí Tijuana, el haberme venido, salir de mi tierra hasta acá es muy importante. Aquí pude tener lo que en diez años no puede. Pues es buena la ciudad, una buena ciudad en el sentido, económicamente, o sea, es trabajo. Aquí hay escuelas, a donde te metas a hacer algo por ti, visitar el Cecut, aprendes un poquito, por ejemplo, uno que no tuvo la dicha o de estudiar, pues de saber unas cosas pues por lo menos vas y aprendes un poco, y eso es... bonito estar aquí (10).

Lo anterior hace referencia a que el proceso de migración re-direcciona las trayectorias de vida reubicando ese "lugar social" que todos tenemos y construimos, pues el "acceso", o la idea de posibilidades de acceso que genera el migrar a Tijuana, nos permite ver que éste se ve transformado. La posición social que se tienen o tenían en el lugar de origen, y que un sujeto social ha incorporado como su "lugar" social (por su condición de clase, etnia, nivel educativo) desde que nace, crece y se desarrolla en la comunidad de origen, la migración coloca al actor joven en otro terreno desde donde puede ver ese "otro" lugar social que está por construir, que es el estar en Tijuana y tener empleo, educación, dinero, cierta "libertad de elección".

Yo creo que las oportunidades que hay en Tijuas fue la primera cosa que me hizo moverme de Sinaloa. Tenía hermanos viviendo aquí, y como que el ver que la cosa funcionaba con mis hermanos, que estaban saliendo adelante... pues me gustó. Aquí eso te hace ver que darle la mano a los que en realidad lo ocupan porque si uno es trabajador. Tijuana tiene trabajo para todo nivel. Como que cualquier profesión que sea, uno no tiene porque andar desalentando a otros. Entonces, nos

da más oportunidades aquí, entonces ya uno siente que hay más chances de hacerla (11).

El imaginario social de la *migración juvenil*



En el mapa del imaginario de la acción de migrar hacemos visible que la migración se detona por las condiciones sociales y económicas que presenta el país, sociales en el sentido de las transformaciones sobre las valoraciones del entorno; y económico por una inestabilidad de empleo. Frente a ello, los jóvenes ven en la migración la “estrategia” viable y adecuada para contrarrestar las “inestabilidades”.

El salir de allá... pues piensas en lo que te decían, muchas cosas, que bastante que la droga, que desmadre, muertos y nada. Pero también que Tijuana uno llega y ves que ya no tienes otra, que te viniste a hacerla aquí, que dejar todo allá debe

tener algo acá... y uno se va dando cuenta de cómo es. Qué es lo que realmente pasa y pos se tiene que acostumbrar... Pos yo pienso que el lugar sí me permitiría lograrlo, mis cosas que pensaba. Aquí empecé a andar de dragón tirando lumbre, a andar trabajando, vendiendo algo, o sea, uno le hace la lucha, le busca de una y otra cosa (12).

Tijuana, o mejor dicho, migrar a Tijuana es una noción importante en el escenario de lo que ampliamente se ha socializado de la migración en nuestro país. La ciudad fronteriza remite invariablemente a un espacio con una oferta laboral que no se tiene en otras partes del país. De ahí que proponemos colocar en el centro del mapa del imaginario social el “migrar a Tijuana”. En este vector se encuentra Tijuana como “ciudad estrategia” para los “recién llegados”:

Para mí, yo digo que si no me hubiera venido a Tijuana no hubiera tenido la oportunidad de estudiar, de llegar a la prepa, de seguir estudiando. Tal vez me hubiera encontrado un trabajo cualquiera, pero no hubiera tenido la oportunidad de seguir aprendiendo, conociendo, si me hubiera quedado allá... No sé, porque para empezar soy de un pueblito, entonces, allá es como ir a la Universidad y ya, es el esfuerzo extraordinario. Para mandar al hijo a la universidad, ¡uf! Y aquí es más común ver a los jóvenes que van a la universidad, a la prepa, y eso está bien, o sea no pesa nada. Y allá sí. Con lo que se gana aquí es más fácil mandar a alguien a la escuela. Y allá no, ya sabes como que es un esfuerzo muy grande mandar a alguien a la escuela. Allá a lo único que pueden llegar es a la secundaria, ahorita ya después a la prepa, y ya están mandando a algunos jóvenes a la universidad, aunque sí me la pensaba, el hecho de haber salido de un pueblo, y llegar aquí y ver todas las puertas cerradas o cosas así, que no saliera como uno lo había pensado, eso es lo que más me preocupaba (13).

La estrategia de la migración se cumple con la forma en que se “habita Tijuana”, y que refiere directamente a una noción de “calidad de vida” por sus “oportunidades”, que son oferta laboral o “trabajo”, la posibilidad de poder tener un “patrimonio” y un nivel de “autosuficiencia” que permite implementar una serie de recursos y estrategias como el “autoempleo”.

La noción de la migración a Tijuana no se queda en el mero acto de “migrar”, salir del lugar de origen, buscar empleo en otra ciudad. Migrar a Tijuana tiene un fuerte peso en el imaginario social de que la ciudad ofrece condiciones favorables para poder tener una mejor “calidad de vida” para poder obtener bienes, recursos y estabilidad económica por un mercado de trabajo visiblemente más desarrollado que otras regiones del país.

Consideraciones finales

El imaginario social de la migración como forma de participar ante la exclusión comprende formas comunicacionales significantes, esto es que el migrar implica un profundo significado sociocultural, un nivel de lo simbólico que, tanto para el sujeto como para el sistema social, representa normas, valores y experiencia cotidiana del imaginario vivido. La migración juvenil

lleva la huella y las marcas de la cultura de la sociedad a la que pertenece el sujeto, y hace visible que existen otras formas de actuar en la sociedad a las que el Estado no ha atendido como formas legítimas de buscar ser parte de la sociedad desde una ciudadanía cultural que busca hacerse reconocer (Reguillo, 2000, 2001).

Lo que es deseable, lo que es imaginable, lo que puede ser posible y lo que es pensable por actores sociales dentro de una sociedad se define en escenarios públicos y privados, y adquiere legitimidad o sanción en las prácticas de los sujetos, lo que nos lleva a reconocer el proceso de migración como proceso de comunicación, pues migrar se basa en la producción de creencias e imágenes que han adquirido un significado colectivo y que llamamos imaginario de futuro al buscar “oportunidades” de diferentes formas de vida, frente a las condiciones sociales que viven los jóvenes en nuestro país. Las significaciones condicionan, propician, suscitan, orientan la migración como una acción social significativa.

Notas

Este trabajo fue publicado originalmente en *Question* N° 18, en junio de 2008.

(1) Alejandro Monsiváis Carillo propone “repensar la ciudadanía” desde la centralidad del sujeto y la diversidad de identidades, más allá del orden político e institucional, y pone a discusión el carácter público-democrático de la ciudadanía frente a un uso cada vez más generalizado de sujeto antagónico y adverso de la cultura oficial, tradicional o nacional, partiendo de la noción “agonística” originalmente desarrollada por Chantal Mouffe, 1999, *El retorno de lo político*, Barcelona, Paidós.

(2) Entendemos por “matrices culturales” los espacios, tiempos, escenarios y actores que conforman una estructura de significación que el sujeto social lleva consigo a manera de impronta social, y que remite al “lugar” de pertenencia sociocultural en el cual se ha desarrollado, ha interactuado y ha formado una visión y valoración del mundo. Estos “anclajes” tienen dos dimensiones, las profundas y las situacionales; las profundas se refieren a las marcas socio-históricas; las situacionales a los ámbitos y escenarios en los que el sujeto participa e interacciona.

(3) Entrevista realizada a Juan, 27 años, albañil.

(4) Entrevista realizada a Alberto, óp. cit.

(5) Entrevista realizada a Ricardo, óp. cit.

(6) Entrevista realizada a Elena, 18 años, secretaria-estudiante.

(7) Entrevista realizada a Reyna.

(8) Entrevista realizada a Jorge, 19 años, profesionista.

(9) Entrevista realizada a Ricardo, óp. cit.

(10) Entrevista con Reyna, óp. cit.

(11) Entrevista realizada con Jorge, óp. cit.

(12) Entrevista con Antonio, óp. cit.

(13) Entrevista con Víctor, óp. cit.

Bibliografía

ACEVES Lozano, Jorge (1997): “Ciudadanía ampliada. La emergencia de la ciudadanía cultural y ecológica”, en *Razón y palabra*, Número 5, Año 1, diciembre-enero 1996-97, en <http://www.razonypalabra.org.mx/>

APPADURAI, Arjun (1990): “Disjuncture and difference in the global culture economy”, en Featherstone, M. (comp.), *Global Culture*, Sage, Londres.

- BELTRAN, Miguel Ángel y Cardona, Marleny (2005): "La sociología frente a los espejos del tiempo: modernidad, postmodernidad y globalización", en *Cuadernos de investigación*, No. 28, Universidad EAFIT, Medellín.
- EMMERICH, Gustavo Ernesto (1996): "La modernidad y sus paradojas", en *La modernidad inconclusa: visiones desde el presente mexicano*, en CASTRO Martínez, Pedro (coord.), UAM-Iztapalapa, México.
- ESCALANTE, Fernando (1999): *Ciudadanos imaginarios*, El Colegio de México, México.
- FUENTES Navarro, Raúl (1999): "Perspectivas socioculturales postdisciplinarias en la investigación de la comunicación". En OROZCO, Guillermo, *Lo viejo y lo nuevo. Investigar la comunicación en el siglo XXI*, Ediciones de la Torre, España.
- GARCÍA Canclini, Néstor (1995): *Consumidores y ciudadanos*, Grijalbo, México.
- GARCÍA Canclini, Néstor (1998): *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, T. I y II, Grijalbo, México.
- GARCÍA Canclini, Néstor (1999): *La globalización imaginada*, Paidós, México.
- GASPAR Bojórquez, Ana L. (2006): "Rehacer el tejido de Penélope: mujeres y reproducción de la emigración", en *XIII Anuario CONEICC*, CONEICC, México.
- GRIMSON, Alejandro (2001): *Interculturalidad y comunicación*, Norma, Buenos Aires.
- IANNI, Octavio (1998): *La sociedad global, Siglo XXI*, México.
- KYMLICKA, Will, (1995): *Multicultural Citizenship. A Liberal Theory of Minority Rights*, Clarendon Press, Oxford.
- MARSHALL, T. H. (1965): *Class, citizenship and social development*, Anchor Books, New York.
- MARSHALL, T. H. y Bottomore, Tom, (2005): *Ciudadanía y clase social*, Losada, Buenos Aires.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura, hegemonía*. Gustavo Gili, México, 1991.
- MONSIVÁIS Carrillo, Alejandro (2002): *El concepto de ciudadanía como marco de articulación de las problemáticas en materia de juventud. Elementos para una aproximación conceptual*. COLEF, México
- MONSIVÁIS Carrillo, Alejandro (2003): *La democracia ajena. Jóvenes y constitución de la ciudadanía en Baja California*, Tesis doctoral, COLEF, México.
- ORTIZ, Renato (1997): *Mundialización y cultura*, Alianza Editorial, Buenos Aires
- ORTIZ, Renato (1998): *Otro territorio*, Convenio Andrés Bello, Bogotá.
- ORTIZ, Renato (2004): *Taquigrafando lo social*, Siglo XXI, Argentina.
- REGUILLO (2000): *Cuatro ensayos de comunicación y cultura para pensar lo contemporáneo*, Conferencia inaugural, Maestría en Comunicación con Especialidad en Difusión de la Ciencia y la Cultura. UIA-León/ITESO, México.
- REGUILLO (2001): "La gestión del futuro. Contextos y políticas de representación", en *JÓVENES*, año 5, No. 15, Instituto Mexicano de la Juventud, México.
- ROSALDO, Renato (1999): "Ciudadanía cultural, desigualdad, multiculturalidad", en *El bordo: retos de frontera*. No. 3, UIA Tijuana, México.

ROSALDO, Renato (2000): "La pertenencia no es un lujo: procesos de ciudadanía cultural dentro de una sociedad multicultural". En *Desacatos* #3, CIESAS, México.

WALLERSTEIN, Immanuel (2001): *Conocer el mundo, saber el mundo*, Siglo XXI-UNAM, México.

WINOCUR, Rosalía (1998): "Radio y ciudadanos: usos privados de una voz pública", en GARCÍA Canclini, Néstor *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, T. II, Grijalbo, México.

WINOCUR, Rosalía (2002) *Ciudadanos mediáticos. La construcción de lo público en la radio*, Gedisa, España.

GERARDO G. LEÓN BARRIOS

Maestro en comunicación por el ITESO. Profesor de tiempo completo UABC Tijuana, licenciatura en comunicación. Catedrático desde 1998 en la misma institución en las áreas de metodología de la investigación y teoría sociocultural de la comunicación. Diferentes formas de participación en investigaciones nacionales y locales sobre cultura, comunicación, estudios de recepción de medios y consumo cultural. Se han publicado artículos de investigación en el libro *La revolución también es una calle* (UIA Tijuana) en la revista *Texto Abierto* (UIA León), XIII Anuario CONEICC, Revista electrónica *Razón y palabra*, la Revista colombiana *Periferia*, entre otros.